

ANTOLOGIAS

RICARDO GULLON.—"PAJINAS ESCOJIDAS DE JUAN RAMON JIMENEZ".—"Antología Hispánica".—Editorial Gredos. Madrid, 1958.

La colección "Antología Hispánica", de la Editorial Gredos, acaba de publicar dos bellos volúmenes dedicados a Juan Ramón Jiménez. En el primero se recogen muestras de su producción en prosa, casi toda ella —exceptuada la de los libros "Platero y yo" y "Españoles de tres mundos"— dispersa por periódicos y revistas de oneroso acceso. En el segundo se incluyen poemas de todos los libros de versos publicados por el poeta. Por lo acertado de la selección, y por algunos de los textos recogidos, sobre todo en la parte dedicada a la prosa, se puede juzgar esta antología, seguros de acertar en el juicio, como la más importante publicada hasta ahora del exquisito y atormentado poeta de Moguer.

Los aciertos que descubrimos en estas "Páginas escojidas" deben de cargarse íntegramente en el haber del culto y fino erudito

Ricardo Gullón, a cuyo cargo estuvo su confección. El eligió los textos, retrayéndolos a su primera versión, y redactó las noticias preliminares que encabezan cada uno de los volúmenes. Ricardo Gullón es uno de los mejores conocedores de la moderna literatura española, y uno de los investigadores que de modo más hondo y fructífero calaron en la obra del autor de "Piedra y cielo", con el que convivió varios años en Puerto Rico.

Los dos volúmenes que recogen estas "Páginas escojidas" ofrecen, cada uno a su manera, novedades de gran interés, y la singularidad de haber sido redactados con independencia del poeta. Hasta este momento, si dejamos a un lado por su carácter especial, la "Antología para niños y adolescentes", publicada por Norah Borges y Guillermo de Torre, las antologías de Juan Ramón Jiménez habían sido o rea-

lizadas por él mismo, o bajo su inmediata dirección. Esas antologías, en orden cronológico de aparición, son: "Poesías escogidas", Hispanic Society, New York (Madrid) 1917; "Segunda Antología Poética", Espasa Calpe, Madrid 1922, libro capital por muchos conceptos en su extensa bibliografía; "Poesía en prosa y verso", selección de Zenobia Camprubí, editorial Signo, Madrid, 1932; "Verso y prosa para niños", edición para las escuelas de Puerto Rico, La Habana, 1937; la ya citada de Norah Borges y Guillermo de Torre; y la "Tercera Antología poética", al cuidado de Eugenio Florit, Biblioteca Nueva, Madrid, 1957. Podría incluirse, también, entre estas antologías el libro "Canción", publicado como primero de uno de los numerosos proyectos de Obras Completas a que fué tan aficionado Juan Ramón. La más conocida y divulgada de todas ellas es, sin duda, la "Segunda Antología Poética", clave y origen de todas las demás, que da las versiones definitivas —revividas— de sus poemas iniciales, y fija su producción hasta el año 1918, fecha en que comenzó a redactarla.

Sabido es que Juan Ramón prohibió siempre la reimpresión de sus primeros libros, es decir:

los publicados hasta 1913. Incluso los tres primeros —"Almas de violeta", "Ninfeas" y "Rimas"— los desterró de la Segunda Antología, agrupando en ella los poemas elegidos bajo el rótulo genérico de "Primeras poesías". La "Segunda Antología Poética" era, por consiguiente, el único libro donde podíamos encontrar las sucesivas fases de su desarrollo lírico. El primer libro de poesías de Juan Ramón que conoce el goce de repetidas impresiones es "Estío", Madrid, 1916, que da comienzo a su segunda época. Existen, por lo tanto, una serie de libros: los tres ya citados, "Arias tristes", "Jardines lejanos", "Elegías puras", "Elegías intermedias", "Olvidanzas", "Elegías lamentables", "Las hojas verdes", "Baladas de primavera", "Pastorales", "Poemas mágicos y dolientes", "Melancolía", y "Labyrintho" —todos ellos hoy auténticas rarezas bibliográficas— parcialmente desconocidos por el lector actual, ya que únicamente encuentra, y por lo tanto puede conocer, las partes de esos libros incluídas, una vez pasadas por el cedazo de la depuración, en la citada "Segunda Antología Poética". En esa misma colección se recogen muestras de otros tantos libros rigurosamente inéditos.

Ricardo Gullón, por vez primera, prescinde del criterio seleccionador de la "Segunda Antología Poética", y confecciona la colección de textos que figuran en "Páginas escojidas" directamente sobre los libros rehusados, siguiendo la primitiva versión de los poemas elegidos. De ese modo su libro tiene todo el encanto de un descubrimiento. La mayoría de las composiciones recogidas, hasta las pertenecientes al libro "Estío", se pueden considerar como inéditas para el lector actual, con lo que se ensancha considerablemente la visión que pueda tener de la obra de Juan Ramón. Por otra parte se atiene solamente a los libros publicados, prescindiendo de los inéditos figurados en la Segunda y Tercera Antología, cuyos poemas agrupa bajo el título de "Segunda Antología Poética", y "Últimos poemas" respectivamente.

El índice de este volumen, ajustado a la realidad editorial del poeta, se organiza de este modo: "Primeras poesías": los doce libros mencionados con la única variante de agrupar en una sola rúbrica los tres tomos de elegías, "Estío", "Sonetos espirituales", "Diario de un poeta recién casado", "Eternidades", "Piedra y cielo", "Segunda Antología Poé-

tica", de acuerdo con la fecha de su aparición, "Poesía", "Belleza", "La Estación total", "Romances de Coral Gables", "Animal de fondo", y "Últimos poemas". Este último apartado implica los libros inéditos "En el otro costado", "Una colina meridiana", "Dios deseado y deseante", y "Ríos que se van". Para evitar cualquier confusión bibliográfica, difícil siempre en Juan Ramón, diremos que "Romances de Coral Gables" es una parte del libro inédito titulado "En el otro costado", y así como "Animal de fondo" lo es de "Dios deseado y deseante".

El tomo dedicado en estas "Páginas escojidas" a la prosa ofrece características de otra índole. Juan Ramón Jiménez sólo publicó dos libros de prosa, "Platero y yo" (edición incompleta en 1914, y edición definitiva en 1917), y "Españoles de tres mundos". El resto de su labor en prosa, abundantísima, se dispersó por periódicos y revistas, de España y de América, prácticamente imposibles de encontrar. Y esa labor tuvo matices muy variados, incidiendo en los más diversos menesteres literarios: poemas en prosa, aforismos poéticos, meditaciones estéticas, consideraciones críticas, caricaturas líricas, narra-

ciones autobiográficas, recuerdos de niñez y de juventud, cuentos breves, estampas de época, conferencias, cursos universitarios, etc. En sus múltiples proyectos de "Obras Completas" los tomos dedicados a la prosa eran los mismos en número, o los superaban, a los dedicados al verso. Por eso aquí la labor de Ricardo Gullón tuvo que ser mucho más ardua, más fatigosa, y, desde luego, mucho más inquisitiva. Y sin embargo salió de ella plenamente triunfante, habiendo recogido, con gran tino y depurado gusto, ejemplos capitales de todos los "modos" y de todas las "formas" de Juan Ramón. Únicamente echamos de menos un artículo: la nota autobiográfica publicada en "Renacimiento". Creemos, también, que el extenso poema "Espacio", a pesar de su versión definitiva en prosa, debía de figurar en el volumen dedicado al verso, donde justamente figuran poemas en prosa de "Diario de un poeta recién casado".

Los trabajos más importantes recogidos en este tomo, aparte de las selecciones de "Platero y ya" y de "Españoles de tres

mundos", son "El Zaratán", "Còlinea del Alto Chopo", "Recuerdo al primer Villacpesca", "Ramón del Valle Inclán (Castillo de quema)". "Ideología lírica", "Poesía cerrada y poesía abierta". "Dos aspectos de Bécquer" y "Diario de vida y muerte". Al final del volumen incluye Ricardo Gullón algunas muestras del estilo epistolar de Juan Ramón.

Excelente libro el que acaba de ofrecernos Ricardo Gullón, y, además, excelente en todos sus aspectos. Gracias a estas "Pájaras escojidas" podemos contemplar la obra de Juan Ramón Jiménez, al menos una parcela muy considerable de ella, desde un ángulo de vista más justo, más exacto y más verdadero, que el que nos ofrecían otras antologías. Por otra parte nos permite conocer un considerable número de poemas y de escritos en prosa, de gran valor, virtualmente esquivos a los no especialistas del autor de "Platero y yo". No permite del mismo modo saborear las versiones de algunos de sus poemas más conocidos antes de ser "revividos".

J. V. P.

POESÍA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO.—"SALMOS AL VIENTO".—Instituto de Estudios Hispánicos. Barcelona, 1958.

Desde hace años venimos observando en la poesía española —en la poesía que se escribe actualmente— un curioso e interesante fenómeno digno de tenerse en cuenta: su propósito de "despoetizar" la expresión, de prescindir de todos sus subsidiarios atributos de belleza, para que la tensión emotiva, limpia de innecesarias gangas, se manifieste en forma directa e inteligible. El poeta no prescinde, por ello, de su condición de vate. Necesita decir cosas, y las dice con voz enteriza, potente, sangrante, buscando para su mensaje el mayor número posible de resonancias. El lujo verbal lo convierte en amor a la verdad, y el sensualismo retórico en atormentada confesión. Estamos seguros que el poeta joven —el auténtico poeta— antes de comenzar a escribir sus poemas, antes de dejarse arrastrar por el

"raptó" de la inspiración, hace un metódico "examen de conciencia". Para él su misión sigue siendo el eterno quehacer de la poesía: transformar el caos en cosmos. Pero lo hace de un modo totalmente serio, consciente de la responsabilidad que le impone su don profético.

Sería curioso estudiar con rigor y método los rumbos que en esta poesía sigue la retórica, considerada ésta sin acento peyorativo de ninguna clase. Acaso el estudio no nos reservase muchas sorpresas. Nos obligaría, a lo más, a desechar algunos conceptos parasitarios, raídos por el tiempo, y a volver de nuevo a la primigenia desnudez mental del contemplador ingenuo. De todos modos no es ahora ésta nuestra intención, ni nuestro bagaje intelectual nos permitiría emprender tamaña pesquisa. Quede,

pues, como empresa para persona mejor informada. Nos limitamos a señalar ese posible blanco para cualquier futuro cazador de esencias líricas. Lo hemos atalayaado leyendo el último libro de José Agustín Goytisolo, "Salmos al viento", al que dedicaremos nuestra atención.

El haber literario de José Agustín Goytisolo no es, hasta ahora, muy extenso. Se reduce al libro citado, a otro publicado hace años con el título de "El Retorno", y a unos cuantos poemas diseminados por revistas literarias, y que próximamente se agruparán en volumen con el título de "Claridad". Lo exiguo, sin embargo, de esa bibliografía, se compensa con su bondad. Goytisolo es uno de los poetas jóvenes —nació en Barcelona en 1928— de más seguro porvenir con que cuenta la literatura española contemporánea.

"El Retorno" es una extensa y entrañada elegía, dispuesta en breves poemas cargados de vida emoción y clarificado verbo. La sencillez y el fervor lírico son sus notas externas destacadas. El dolor íntimo, y un enraizado deseo de verdad, las venas soterradas que lo sustentan. En este libro, galardonado con un accesit de "Adonais", descu-

brimos un poeta auténtico y sincero. En "Salmos al viento" volvemos a encontrar al mismo poeta, enriquecido con el amargo caudal de una más larga experiencia. Un poeta grato a Goytisolo, figura señera hoy de las letras españolas, dijo, hace cinco o seis años, que el vivir se había puesto al rojo vivo. La verdad de la frase subsiste aún. Al rojo vivo, a juzgar por "Salmos al viento", vive actualmente Goytisolo.

El libro que ahora nos ocupa está compuesto por doce poemas, todos de idéntico tono y valor. El poema inicial, titulado "Los celestiales", es como un resumen de la poética imperante en España hace unos cuantos años, y del viraje dado por esa poética —al menos por parte de ella— bajo la persuasión de Blas de Otero, al que alude sin nombrarlo. En ese poema descubrimos, también, los postulados que condicionan su propia poesía. Goytisolo es uno de esos poetas que "satirizan o aman el reino de los hombres". Y son precisamente esas dos palabras, sátira y amor, las que tiñen con todo su significado el resto de los poemas que componen el libro.

La poesía de Goytisolo satiriza abiertamente a los satisfechos, a los que adoptan una postura có-

moda para vivir, y desde ella, como venenosas lapas, sostifican la ardua tarea del vivir. De ahí que en ocasiones adquiera cierto rango social, cierto acento cívico y admonitorio de entrañado perfil humano. Denuncia los males que corroen nuestra sociedad, a veces incluso con ira, pero al señalarlos sintiéndose hombre, se duele de las criaturas con ellos atenazadas. En sus sátiras, en sus sarcasmos, hay hiel, pero una hiel que se vuelca hacia adentro arañando las más íntimas fibras del "dolorido sentir". Por eso al clamar desde su propio dolor las faltas y caídas de la humanidad, su voz, desgarrada, se torna pregón profético. No en balde cada uno de sus poemas lleva como acápite una sentencia bíblica.

"Salmos al viento" es un libro apretado de intención y contenido, escrito con soltura y garbo de excelente poeta. En él no existen frases vacuas, ni superfluos adornos. Pero hay poesía. Poesía de aquilatada calidad. Y un tono elevado y constante que hace casi imposible separar sus poemas para dilucidar en ellos méritos singulares. Acaso, por la ternura y la gracia que envuelve toda la composición, pueda señalarse el titulado "Autobiografía", ajeno a la intención que em-

paña a los otros. Por eso el libro debe leerse tal como está compuesto. De ese modo veremos en él una unidad interna, ininterrumpida a lo largo de todos los poemas. Puede ser la unidad del flagelo, pero puede ser, también, un deseo de salvación.

En el transcurso de esta reseña hemos dado de lado intencionadamente a los elementos formales de esa poesía. ¿Tienen en realidad importancia? Seguramente. Al menos para los profesores de preceptiva literaria. Pero nosotros, que no caminamos al paso de esos señores, nos conformamos con decir que los aludidos elementos son los adecuados al contenido conceptual de cada poema. Y también a los emotivos. Por eso, en ocasiones, para dar más fuerza a la dicción, el poeta recurre al uso de frases hechas, o a roturas prosaicas realizadas en la sucesión de períodos rítmicos, con lo que aumenta, precisamente, la tensión dramática de la composición.

"Salmos al viento", el segundo libro de poemas publicado por José Agustín Goytisolo, laureado con el "Premio Boscán" de 1956, es uno de esos escasos libros que desde su publicación, por derecho propio, ingresan de lleno en la Historia de la Literatura.

J. V. P.

JOSE LUIS MARTIN DESCALZO.—"CAMINO DE LA CRUZ".—"Colección Estría".—Joan Flors, Editor.—Barcelona, 1959.

Traemos hoy a esta sección un libro de poemas sobre el que recae una serie de circunstancias especiales que nos interesan dilucidar. Se trata de "Camino de la Cruz", del sacerdote vallisoleitano José Luis Martín Descalzo. De este escritor conocíamos, hasta ahora, tres libros: dos novelas: "Diálogos de cuatro muertos", galardonada con el primer premio Naranco para novelas cortas, y "La frontera de Dios", ganadora del Premio Nadal en 1956, y un libro de poesías titulado "Fábulas con Dios al fondo". La lectura de los citados libros —los tres inmersos en la más escueta vulgaridad literaria —nos había llevado a formular mentalmente el propósito de no volver a leer obras de este escritor. Pero el hombre propone y Dios dispone...

Hace unos días el azar de nuestras búsquedas librescas puso en nuestras manos el volumen que ahora nos ocupa. Abierto al desgaire, una estrofa acaparó de modo obsesivo nuestra atención:

Aquí tenéis a un hombre que
[nunca tuvo hambre.
Perdón os pido: Siento
no ser hombre del todo.

¿En dónde habíamos leído,

antes, éso, o, al menos, algo pa-
bro nos ayudaron a despejar la
recido? Sucesivas calas en el li-
bro nos ayudan a despejar la
incógnita. "Camino de la Cruz"
es, lisa y llanamente, una tardía
réplica a "Pido la paz y la pala-
bra" de Blas de Otero, realizada
desde el mecanismo estilístico
del propio Blas de Otero. Lo inu-
sitado de la empresa despertó
nuestra curiosidad y, a pesar del
mencionado propósito, compra-
mos el libro. Si en vez de hojear-
lo, hubiéramos leído la dedicatoria
el mismo Martín Descalzo nos
hubiera puesto sobre aviso de
sus intenciones al calificar el li-
bro de "casi-panfleto".

¿Es "Camino de la Cruz" una
especie de Blas de Otero puesto
a lo divino? No. Se trata, única-
mente, de una polémica abierta
contra su actitud religiosa, y con-
tra su angustiado y desesperado
existir. Martín Descalzo toma al-
gunos de los motivos centrales
de "Pido la paz y la palabra", y
los desarrolla cargándolos de in-
tención religiosa, ortodoxa, pro-
yectados sobre la pasión de Jesu-
cristo. Su libro sigue, en la suce-
sión de los poemas, el orden de
un Calvario poético: las catorce
estaciones, precedidas de una

meditación preliminar y rematadas con una meditación final. En total, dieciséis poemas.

Si por un momento retraemos nuestro pensamiento a anteriores lecturas de Martín Descalzo, es decir, a las dos novelas arriba citadas, el recuerdo nos dirá que una de las notas más destacadas de este escritor, aunque sea una nota negativa, es, precisamente, su falta de originalidad. Sobre ambas novelas gravitan demasiados ecos extraños defectuosos: sus junturas se ven con demasiada facilidad, sobre todo, por ser la más extensa, en "La frontera de Dios", donde escuchamos resonancias de casi todas las novelas católicas hoy en boga. Pues bien, la polémica que ahora realiza en "Camino de la Cruz", adolece, exactamente, de ese mismo defecto. El mimetismo es lo que le confiere valor, si es que algún valor —salvada la noble intención— tiene este libro. Los trozos mejores, los más cargados de expresividad poética, de emoción humana, son, precisamente, los que de un modo directo recuerdan a Blas de Otero. El resto resulta blandengue y excesivamente retórico.

"Camino de la Cruz", considerado en su conjunto únicamente como una colección de poemas,

no pasa de ser un libro mediocre, palabrero, y frío en ocasiones por su extremada y monótona artificialidad. Desde luego, en la polémica, la razón está de su parte. Pero no la poesía. Además esa polémica, para los que profesamos la fe católica, resulta innecesaria, y para los que no la profesan contraproducente. Blas de Otero, como poeta, se sitúa a cien codos de altura de Martín Descalzo, considerado igualmente como poeta, y al sopesar los méritos literarios de ambos autores la balanza se inclina decidida hacia el primero. Martín Descalzo se ha entregado en este libro, maniatado, a su enemigo. Mucho más acertado nos parece el camino seguido, puesto en igual trance, por Leopoldo Panero al contestar a Pablo Neruda. La poesía que hay en el "Canto personal" es, al menos, poesía de Leopoldo Panero.

Por otra parte "Camino de la Cruz" significa una novedad poco recomendable: la intrusión del tremendismo en la poesía religiosa. No deja de ser curioso que esta modalidad literaria, tan controvertida en sus momentos de auge, reaparezca ahora de manos de un sacerdote. El tremendismo, el desmelenamiento verbal, pudo ser y de hecho lo fué, un

expediente apropiado para romper con formas de tradición. Se empleó, también, para vocear un falso y pintoresco existencialismo, hoy en desuso. Conseguida la libertad de las formas, y la libertad de la expresión literaria, resulta ya inoperante. Sus cultivadores más conspicuos transitan desde hace años por sendas de moderación. No creemos que el tremendismo se conforme ahora a motivos religiosos. La naturalidad en arte es siempre el camino más recomendable, sobre todo cuando sus temas han de ahincarse con reciedumbre en una seriedad radical.

Quedan así expuestas las circunstancias que acompañan a este libro, las causas que nos llevaron a leerlo, y las consecuencias que de él hemos sacado. Semente fundidos, de tal forma que seguramente no sean éstas muy halagüeñas para el autor, e incluso —lo admitimos— puedan parecer injustas. Hoy José Luis Martín Descalzo, debido a su condición de joven y batallador sacerdote, goza de considerable fama en un extenso sector del público, de sí poco dado a tiquismiquis analíticos, y acaso ello pueda perjudicarle gravemente.

Cuando hace años consiguió un primer premio de poesía, creado por la revista "Insula", todos vimos en él la promesa de un buen poeta. "Diálogos de cuatro muertos" aun con sus defectos —en especial, el empleo de la prosa ritmada y el inmediato recuerdo de una película japonesa— ofrecía la esperanza de un discreto novelista. Hoy la excesiva prisa por triunfar, y ciertas inclinaciones al sensacionalismo, están a punto de malograr aquella optimista primavera. Y sería una verdadera pena. A la literatura contemporánea española —no nos dejemos engañar por falsos renombres artificiales— le falta el escritor "religioso" auténtico, es decir: el hombre que siendo "religioso" de profesión, sea además escritor dentro de la actividad de la creación literaria. Y eso que hasta ahora sólo lo ha bordeado, puede llegar a serlo José Luis Martín Descalzo tan pronto se decida a escribir lo que de verdad sienta, y no lo que equivocadamente cree que debe sentir, apoyándose más en las modas que en las llamadas interiores de su inspiración.

J. V. P.

NARRACION

MANUEL ARCE.—"PINTADO SOBRE EL VACIO".—Colección "An-
cora y Delfín".—Editorial Destino.—Barcelona, 1958.

La literatura de Manuel Arce, a juzgar por las dos novelas que hasta ahora lleva publicadas: "Testamento en la montaña" y "Pintado sobre el vacío", se enraíza, fundamentalmente, en una serie de cuestiones de contenido existencial, de indudable afinidad con tendencias ideológicas actuales, sin que ello quiera decir, ni mucho menos, que el escritor ponga sus facultades fabuladoras al servicio de una doctrina filosófica determinada. El único compromiso que admite Arce es el que se origina en la radical indigencia humana. Los personajes de sus novelas aparecen siempre como seres desorientados en un mundo que les es adverso. Viven aparentemente de presupuestos ajenos. Aceptan lo cotidiano de modo sumiso y fatal. Pero un día, ante una situación límite cualquiera, sus bo-

cas se llenan de preguntas. Necesitan saber; les es preciso adentrarse en la noche oscura de sus almas, cancelando la comodidad, para transitar voluntariamente los vericuetos de la incertidumbre.

"Pintado sobre el vacío" es la historia de una preocupación. Es, también, el angustiado deseo de desentrañar el misterio que rodea al hombre cuando éste comprende que su circunstancia se eriza de fallas y derrumbes.

Vivimos en el mundo. En él actuamos de un modo o de otro sobre las cosas y los seres que nos rodean. Especulamos con pensamientos que germinan en lo más íntimo de nuestra personalidad, o con ideas que nos llegan de afuera y empapan nuestra capacidad receptiva. Alternativamente somos falsos y sinceros. Nos comportamos como per-

sonajes brutos o como personajes trágicos, sin poder precisar cuál es el que de verdad nos corresponde, ni poder deslindar el instante en que dejamos de ser uno de esos personajes para comenzar a ser el otro, es decir: el momento decisivo en que empezamos a vivir desde nuestra genuina "mismidad", repudiando la "seudo imagen" que nos devuelve el contorno sobre el que nos hallábamos cómodamente instalados. Ese instante transcendente que al darnos la medida exacta de nuestra persona, se convierte en el rutilante núcleo de todas las preguntas lanzadas, en silencio, al interior de nuestras almas, es decir: de las preguntas de carácter "existencial".

Benjamín Borbolla —el protagonista de "Pintado sobre el vacío"— realiza a lo largo de toda la novela una extraña y dramática excursión. Su mujer, Adela, ha muerto, en Madrid, atropellada por un tranvía. ¿Esa muerte fue un accidente fortuito, o, por el contrario, la mujer buscó la liberación de su vida fallida en el suicidio? Eso es lo que no sabe Borbolla, y lo que de un modo ineludible necesita saber. En su vida ha brotado, admonitoria, una alarmante interrogación. Si

Adela se ha suicidado, ¿fue él quien de modo inconsciente la indujo a tomar tan extrema determinación?

Borbolla es un joven escritor aureoleado por el éxito. Su vida, en Madrid, transcurre alegre y despreocupada. Una vida casi anodina, engranada al rodaje de los mentideros literarios. A ratos refleja esa vida en su "diario íntimo", en esa especie de confesión laica que algunas personas realizan guiadas por la vanidad. Y es precisamente en ese "diario", que enfebrecido relee en un pueblecillo de la costa cantábrica, refugio de su dolor, en donde espera encontrar la respuesta a la atroz pregunta que la muerte de su esposa le ha suscitado.

En "Pintado sobre el vacío" aparece una nota genérica de marcado perfil moral. A la pregunta clave de Borbolla, a su enrisado deseo de hallarle una respuesta, se adhiere, superándola, la idea básica de todas las motivaciones éticas en su aspecto social, o sea, el influjo de nuestros actos sobre los demás seres. A Borbolla le interesa conocer si su mujer se suicidó, para, en caso afirmativo, inquirir en su propio pasado la parte de culpa que le corresponde en tal

acto. Con la muerte de Adela, el novelista depona su "egoísmo" y se siente miembro activo de un determinado grupo social, con todas las responsabilidades a él inherentes.

Cuando Borbolla termina de leer su "diario", el enigma continúa irresoluble. Pero ya no es una sola pregunta la que atenaza su pensamiento. Ahora son varias. En el "diario" no hay una acusación concreta, pero hay muchas acusaciones parciales. La interrogación inicial ha fructificado en múltiples interrogaciones particulares, que calan, cada vez con más rigor, en el rumoroso núcleo de la esencia humana. El deseo de conocer las razones últimas, elementales, de cualquier acto humano, es, a la postre, el deseo de enfrentarse con toda la tremenda problemática del vivir. Algo así como una duda metódica de acusado perfil ético.

"Pintado sobre el vacío", ya lo hemos dicho, es la historia del hombre que trata de saber si su esposa se suicidó. Pero detrás de ese argumento descubrimos una historia mucho más apasionante: la historia de un hombre aherrojado en su radical soledad, buscando en los jirones de su pasado un remoto rastro de "autenticidad". En el relato se sobrepo-

nen, por consiguiente, dos historias: una superficial, rica de anécdotas, que le confiere amenidad, y otra profunda, bronca y humana, que le da grandeza. Fundidas las dos transforman el libro en una excelente novela. En una novela de mantenida tensión dramática, que entretiene y hace pensar a la vez.

Manuel Arce con ésta, su segunda novela, se sitúa de lleno entre los novelistas: más interesantes del momento actual español. "Pintado sobre el vacío" es una novela de "creación", escrita con garbo y con soltura. Sus personajes muestran en todas sus páginas un perfil humano, propio y característico; son seres de carne y hueso, elaborados artísticamente con reacciones anímicas congruentes y reales. La acción del relato aparece dosificada en tres planos diferentes; el plano actual en que se encuentra el protagonista, el mundo interior de sus recuerdos, y la vida reflejada en el "diario". La narración, así dispuesta, alterna entre la tercera persona y la primera.

"Pintado sobre el vacío" tiene estilo. Estilo en las dos acepciones que podemos dar a este término al referirnos a una novela: "microestilo" si nos quedamos en

la belleza estática de su prosa, en su ritmo, en su musicalidad, en su matiz fino y delicado; "macroestilo" si nos referimos a la arquitectura total del relato, tanto en su dinamismo temático, como en la adecuación del lenguaje narrativo a ese dinamismo. El primero nos da un gran prosista, el segundo un gran novelista. Y

ambos calificativos se los podemos aplicar, con toda justicia a Manuel Arce. "Pintando sobre el vacío" es una excelente novela, y es, además una novela auténticamente católica, tal como debe de ser la novela católica escrita por un español.

J. V. P.

JUAN GOYTISOLO.—"FIESTAS".—Colección grandes novelistas.
E. M. E. C. E., S. A. Buenos Aires, 1958.

"Fiestas" es la cuarta novela publicada por Juan Goytisolo. De acuerdo con la fecha que figura al final de la misma fué escrita en los meses postreros del año cincuenta y cinco. Debe colocarse, por lo tanto, entre "Duelo en el paraíso" y "El Circo", con las que tiene indudables afinidades, e incluso, con la última, equivalencias argumentales casi exactas. Hay sin embargo, en "Fiestas" una implícita intención social, cautamente dosificada a lo largo del relato, más perceptible que en las otras novelas, que le confiere indudable valor como testimonio de unas "maneras de vivir" determinadas. En este sentido "Fiestas" supera a las anteriores novelas de Goytisolo. Las

supera, también, como veremos enseguida, en calidades literarias.

Goytisolo, hasta ahora, opera, en su literatura, casi exclusivamente con el mundo de la pubertad. Sus protagonistas aparecen situados en el arriesgado y comprometido intervalo que separa la niñez de la juventud. Llevan aún a cuestas los últimos girones del mundo maravilloso de la infancia, y se enfrentan ya con los primeros desolados fracasos de la vida. Abandonan el mundo imaginario de las hadas para penetrar en el mundo real de los dragones. Son, por lo tanto, personajes en crisis —crisis espiritual y material o física—, doblegados por un presentido fracaso,

del que tratan de huir engarzando a su anhelo todas las sendas posibles de la evasión.

El contenido temático de "Fiestas" se desarrolla en una populosa ciudad mediterránea, mientras se celebra en ella un Congreso religioso. Inicialmente, durante los capítulos primeros de la novela, se contraponen dos "situaciones" vitales de extremo contraste, expuestas con gran maestría: la preparación del Congreso religioso, con todas sus secuencias de devoción y beatería, y proyectada sobre él, con hiriente violencia, la desgarrada realidad de unas cuantas criaturas sumidas en el dolor. Pero pronto advertimos que el contrapunto de esas situaciones, sin perder en ningún momento su vigencia, le va a servir al autor para ambientar el hondo dramatismo de la narración, con toda la crueldad y con todo el exquisito halo poético a que nos tiene acostumbrados en anteriores novelas. En "Fiestas" hay dos personajes que se granjean, desde las primeras páginas, las simpatías del lector: Pipo y Pira. Y al lado de ellos, en un plano más borroso, el profesor Ortega, con sus fracasos políticos y pedagógicos, y Arturo, mutilado física y moralmente.

Las vidas de Pipo y de Pira apenas se cruzan en el relato. Son dos acciones situadas en planos independientes, unidas sólo por el fondo común que las recoge. Pipo es un jovencuelo engolfado, consumido por el deseo de sentirse "hombre". Su amistad la deposita en un tosco marinero llamado Gorila, borracho, fanfarrón y mujeriego, con el lejano recuerdo de un crimen en su brumoso pasado. Una amistad extraña y atrayente a la vez, llena de claros y posibles resonancias sexuales, que atrapa desde los primeros instantes nuestra atención. Al final, de un modo casi automático, Pipo traiciona la confianza que en él había depositado el marinero descubriendo sus secretos y entregándolo a la policía. Y es, precisamente, en el arrepentimiento de la delación —ocurrída durante la culminación del Congreso— donde encuentra los caminos de su regeneración moral.

Pipa —una niña de doce años— es un personaje característico en la literatura de Goytisolo, emparentado con los protagonistas —si es que tienen protagonistas— de sus anteriores novelas. Una niña perturbada, soñadora impenitente, repleta de delicados matices, que vive con

intensidad —con la angustiada intensidad del mitómano— el mundo poético por ella creado, y que termina víctima de un falso peregrino. Son, sin duda, los pasajes en que aparece esta niña los más conseguidos de la novela. Sus ansias de evasión, el mágico encanto que envuelve todos sus actos, y sus continuas mixtificaciones de una realidad que la asfixia, están sugeridos con toda la maestría de un auténtico novelista.

"Fiestas" es, para nuestro gusto, la obra hasta ahora más lograda de Goytisolo. Hay en ella más unidad que en "El Circo", una estructura más congruente, más sólida y simplificada, y, desde luego, una fluidez idiomática superior a la de las otras novelas. Incluso los recursos anecdóticos aparecen manejados con más sobriedad y vigor. El ambiente, con su ambigüedad realista y mágica a la vez, aparece sabiamente elaborado, y justo en sus contornos. Y el cañamazo anímico de los personajes —tanto de

los principales, como de los que sólo esporádicamente cruzan el relato— está visto y analizado con tino certero de agudo psicólogo.

Con "Fiestas" Juan Goytisolo da un considerable paso adelante en su carrera literaria, y se pone a la cabeza de los actuales prosistas españoles. Por otra parte descubre mayores deseos de novedad que el resto de nuestros novelistas, situándose, tanto en motivaciones como en la forma de exponerlas, al lado de los mejores escritores actuales de Italia y de Norteamérica, con los que tiene manifiestas afinidades. Las tiene, también, sobretodo en sensibilidad y en creación de ambientes característicos con el gran novelista francés Julien Green. "Fiestas" es una novela excelente por muchos conceptos, y sin duda, la novela "mejor escrita" de todas las publicadas en estos últimos años por un escritor español.

J. V. P.



LUIS GOYTISOLO GAY.—"LAS AFUERAS".—Colección "Biblioteca Breve". Seix Barral, S. A. Barcelona, 1958.

El primer problema que plantea "Las Afueras", de Luis Goytisoló Gay, y que, sin duda, originará las más enfrentadas opiniones, es si tal libro constituye una novela cerrada o simplemente una colección de relatos breves independientes entre sí. De una forma o de otra, creemos, en cambio, que nadie pondrá en polémica su alto valor artístico. Detrás de los tiquismiquis preceptivos, y por encima de los distingos clasificadores, sobrenadará la bondad intrínseca del libro, y con ella la certeza de que su autor, a pesar de su extremada juventud, debe figurar ya en el reducido grupo de los buenos escritores españoles actuales. La familia Goytisoló es una familia de escritores natos y Luis nos demuestra con este libro poseer idénticas condiciones que sus dos hermanos, merecidamente destacados hoy en el mundo de las letras españolas.

"Las Afueras" es el primer libro de este joven escritor, y fué galardonado recientemente con el primer Premio de Novela de Biblioteca Breve; es decir, con el correspondiente a 1958. En España, donde abundan tanto los

certámenes literarios patrocinados por empresas editoriales, inclinados siempre a la eficacia comercial, o a la posibilidad publicitaria, —con manifiesto desprecio de los valores artísticos—, puede ser una excepción el creado por la firma Seix y Barral. Ignoramos, naturalmente, la suerte que el porvenir pueda reservar a este nuevo concurso literario, pero a juzgar por las directrices seguidas actualmente por esta editorial, preocupada de ofrecernos, traducidos al castellano, los ecos más recientes y auténticos de la novelística mundial, no resulta aventurado augurar que será halagüeño. El libro de Goytisoló le ha proporcionado un excelente principio.

Volviendo al comienzo de esta nota, si a nosotros nos preguntasen si "Las Afueras" es, en sentido estricto, una novela, responderíamos que no. A pesar de su supuesta "técnica en espiral", le falta la unidad argumental que hasta ahora veníamos reconociendo como consustancial con todas las novelas. Pero esto resulta un problema mucho más complicado de lo que a primera vista parece. Porque si en vez de pre-

guntarnos por "Las Afueras", como caso concreto, nos preguntasen simplemente lo qué es una novela, seguramente no sabríamos qué contestar, o por lo menos necesitaríamos extensa divagación y largo rodeo para llegar, aproximadamente, a una vaga caracterización de tal género literario. Por otra parte si "Las Afueras" nos la hubiesen presentado lisa y llanamente como una colección de relatos breves, acaso fuésemos nosotros mismos los que rechazásemos la clasificación, para ver en la afinidad de climas y motivaciones que la caracterizan una soterraña trama novelesca de impecable congruencia, con personajes magistralmente dibujados en un determinado "ambiente" y en una determinada "situación vital". De todos modos el adscribir el libro a un género o a otro carece de importancia, y nada tiene que ver, en último extremo, con su valor literario.

"Las Afueras" es un libro escrito con sensibilidad, con ternura, y con fino y susurrante humor, agrisulce a veces, y amargo en ocasiones. Un libro poemático, de impecable estilo, terso y ágil, lleno de delicados matices y de excelentes calidades artísticas. Su prosa tiene ritmo, equilibrio y color. Hay en él, además, agudas

notas de observación, y un profundo sentido de las motivaciones anímicas que condicionan nuestro cotidiano actuar, expuesto siempre sin enojosas morosidades ni alardes analíticos de ninguna clase.

Su núcleo argumental —si así lo podemos llamar— aparece graduado en siete narraciones diferentes. Son como siete retazos de la realidad social de nuestra patria en los momentos actuales, aparentemente sin conexión entre sí. Ninguno tiene principio ni fin. En ellos se cuenta el modo de vivir, durante unos cuantos días, de determinadas personas. Episodios a veces sin importancia, casi anodinos, donde la única nota relevante la constituye el tiempo con su indiferente fluir. Pero en cada uno de los personajes de esos episodios existe un mundo cargado de sugerencias, finamente insinuado en el relato, por donde la vida muestra su faz tediosa y su íntimo derrumbe. Poco a poco, a medida que nos adentramos por sus páginas, nos damos cuenta de que todas esas monótonas peripecias tienen algo así como un denominador común: el ambiente. Un ambiente obsesivo, espeso de amargos presagios, definido con precisión expresionista. En el primer relato

un hombre ya maduro lleva la ruína de su vida espiritual a la vieja masía donde su niñez despertó al ensueño. En el último un mozalbete inicia —con el comienzo de la carrera— la ruta de las ilusiones profesionales, defraudadas ya en su progenitor, humilde médico de pueblo. Y entre ambas historias, contrapunteándose, la niñez y la vejez cerrando un círculo de fracasos.

Cada una de esas siete historias tiene vida propia, autonomía suficiente para despegarse del conjunto y constituir un pequeño mundo cerrado, verdadera obra maestra del relato breve, con dimensiones humanas de primer orden. Nos parecen insuperables —por eso las preferimos— las señaladas con los números dos y cuatro. En la primera de ellas vemos un viejo matrimonio desave-

nido disputándose con ingenuo ensañamiento el cariño de un nieto de ocho años, mientras fluye en la corriente de los rencores la larga ruina de su aventura conyugal y de sus quiebras económicas. En la otra— la que lleva el número cuatro— contemplamos las postreras jornadas de dos seres humildes que viven ya como extranjeros en la tierra que regaron con el sudor de su trabajo. Hay en esas historias tensión dramática, emotiva ternura, y suave y delicada poesía... Bastarían ellas dos solas para prestigiar el libro, sino coadyuvasen las siete a tal fin. "Las Afueras" es uno de los libros mejor escritos en España durante los últimos años, y uno de los libros más profundamente humanos.

J. V. P.

RAMON EUGENIO DE GOICOICHEA.—"EL PAN MOJADO".—Colección "El Reloj de Sol". Pareja y Borrás, Editores. Barcelona, 1958.

Al terminar la lectura de "El pan mojado", la última novela de Ramón Eugenio de Goicoechea, en nuestro pensamiento contrapuntearon dos opiniones distintas, aparentemente irreconciliables. Según consideremos, esta

novela puede ser juzgada como mediocre o como excelente. Depende la posición crítica que adoptemos. Si nos aferramos a los viejos conceptos de la preceptiva literaria, el fallo ha de ser, forzosamente, desfavorable.

Le falta unidad, equilibrio, mesura. El desarrollo temático avanza a tropicónes, caprichosos y divagantes, sin lógica interna y sin vivida oposición dramática en los caracteres de sus protagonistas. Las pasiones en "El pan mojado" se enuncian, se analizan con minuciosidad, con hondura, pero no se contrastan en el choque vital, emplazado en la circunstancia expresa de un ambiente determinado. Es una especie de análisis en profundidad. Sus personajes rehuyen el diálogo para sentir la vida, su propia y única vida, clavada a la angustia de una intimidad desgarrada y sangrante de la que no pueden salir. Detrás del monólogo de esos personajes adivinamos los acentos decisivos e incanjeables de un fatalismo trágico.

Con esto ya podemos pasar al punto de vista que nos mostrará "El pan mojado" como una novela excelente, con pasajes verdaderamente admirables, algunos de los cuales nos atrevemos a motejar de únicos en nuestra novelística actual. Lo endeble de la estructura queda compensado —hasta el extremo de llegar a olvidarse de ello— con la caracterización anímica de los protagonistas y con la jugosa plasticidad de su prosa, rica de mati-

ces y de rasgos descriptivos. El signo fundamental y valorativo retrato —la etopeya— es, pues, del libro. Pero no el retrato plano, superficial, apurado de detalles externos, de posturas buscadas, de gestos estudiados. Goicoechea apenas mira la faz de sus personajes; apenas presta atención a lo que la vida tiene de cordial, de lujo declamatorio y vano. Sabe que la "humanidad" del hombre está siempre en sus silencios, en las voces ahogadas en su sangre, en las palabras engarfiadas en las entrañas, cuya única modulación posible es el grito. Por eso en sus retratos la nota límite, la nota decisiva, es el alarido, un alarido bronco, horrible, irracional.

"El pan mojado" es una novela de guerra. Una novela de la guerra civil española. No sabemos por qué nuestra guerra no ha tenido "suerte" en el campo de la novela. Tanto los escritores españoles —los de casa y los de fuera— como los extranjeros, no supieron, en ningún momento, captar literariamente la intensidad de la contienda en sus diversos aspectos. Todo lo que sobre ella se ha escrito resulta pálido y convencional, visto desde afuera, sin autenticidad. Acaso puedan señalarse, como excepciones, algu-

nas narraciones marginales, o inclinadas a problemas de la postguerra, como "Testamento en la montaña", de Arce. La que ahora nos ocupa entra de lleno, por todo, en ese reducido grupo de excepciones. En ella el tema central, el ambiente en que se apoya su fábula, corresponde a los años bélicos barceloneses. La novela se inicia el mismo día del alzamiento nacional y termina unas horas antes de la rendición de Barcelona. Pero no es la guerra como conflicto puro el problema que interesa a Goicoechea. "El pan mojado" es una novela marginal de la guerra civil española.

La novela tiene tres protagonistas fundamentales: Carlos, opulento industrial; su esposa Marta e Ignacio, coronel jurídico al servicio de las fuerzas republicanas. Carlos, al iniciarse la contienda, consigue huir al extranjero y pasar más tarde a zona nacional, dejando en Barcelona a su mujer y a sus hijos. Ignacio interviene en el relato a los dos años de comenzar la guerra. El lector siente, a lo largo de la lectura, que la novela se dispersa en tres persuasiones distintas. En los primeros capítulos cree que se le va a relatar la persecución de Carlos. Cuando éste logra huir, sin grandes peripecias, adi-

vina que la intención del novelista se va a centrar en las atribuladas andanzas de Marta y sus hijos. En realidad la narración progresa sin que nada sobresaliente ocurra en ella. Tan pronto como aparece Ignacio, hacia la mitad aproximadamente, se presupone el dúo amoroso que tendrá lugar en los últimos capítulos. Hay, como se ve, en esta novela un zigzag de acciones que la perjudican. Su trama, por otra parte, resulta excesivamente pueril. Pero la novela, en este caso, no es la trama ni mucho menos. La novela son Marta e Ignacio agigantados en abismales proporciones humanas.

La primera parte de la narración —hasta que aparece Ignacio— se defiende sólo por sus bellezas literarias, por su prosa maciza y maleable a la vez, por lo acertado de las descripciones, por la creación lingüística de muchos de sus pasajes, y por el humano humorismo con que aparece salpicada. En esta parte Ramón Eugenio Goicoechea nos enseña su recia musculatura de escritor, su acabado oficio. En cambio en la segunda parte, sin perder ninguna de esas virtudes, la garra del novelista, del gran novelista que dentro de sí lleva Goicoechea, se manifiesta en la configuración de

un personaje extraordinario: Ignacio. Sus dimensiones son tan profundas, tan atroces, que desbordan, incluso, al mismo novelista, imponiéndosele de modo terminante y obsesivo. Media docena de páginas— las páginas en que se cuenta la cobardía de Ignacio— resultan suficientes para encasillar el libro en el apartado de las buenas novelas. Pocas veces una confesión alcanzó tonos tan apremiantes de verdad, de rumor eterno aleteando sobre un alma poseída por el destino. Goicoechea supo en esas páginas volver del revés la vida, una vida singular de anónima apariencia, y poner al descubierto los más íntimos recovecos. Desde que interviene Ignacio, la novela, como ficción, se desvanece, para dejar ante nuestros asombrados ojos la presencia de una angustiada y patente realidad, que puede ser paradigma de muchas realidades parciales.

Muy próximo al rigor de este retrato está el de Marta, sobre todo cuando ésta adivina, presiente, su caída inevitable y fatal. Marta e Ignacio pueden ser síntesis —de hecho lo son— de infinidad de seres apresados en las garras de una guerra civil y cruel. Lástima que el dúo amoroso de estos dos personajes no aparezca estructurado de un modo más agónico, más dialéctico.

"El pan mojado" es, en resumen, un monólogo de dos personajes elementales en su humanidad: Ignacio y Marta. No hay otra cosa en la novela. Una novela deficiente si la medimos con el rancio rasero de la preceptiva literaria. Una novela admirable, si limpios de prejuicios, dejamos que la juzgue, únicamente, nuestro corazón.

J. V. P.

JESUS FERNANDEZ SANTOS.—"CABEZA RAPADA".—(Relatos).

Biblioteca Breve. "Seix Barral, S. A." Barcelona, 1958.

En algunas ocasiones nos hemos referido, al hablar del actual resurgimiento de la novela española, a Jesús Fernández Santos,

como uno de los escritores jóvenes de más claro y brillante porvenir. Dos novelas —"Los Bravos" y "En la hoguera"— garan-

tizaban el pronóstico optimista. Hoy éste se reafirma con un libro de cuentos recientemente publicado por "Seix Barral" en la sugestiva colección "Biblioteca Breve".

No suelen los editores prestar mucha atención a los libros de cuentos, debido, sin duda, a la poca atención que a su vez les prestan los lectores. La narración corta se reserva, casi exclusivamente, para las revistas literarias de orientación minoritaria. Y, sin embargo, este género se encuentra en auge actualmente en España, pudiendo afirmarse que en muy pocos períodos de nuestra historia llegó a alcanzar un esplendor tan cabal. El cuento es, con la poesía, el norte auténtico de nuestra vanguardia literaria. Todos los novelistas jóvenes españoles tienen en su haber relatos breves cuajados de calidades y virtudes literarias. Sería, por consiguiente, de gran interés que algunos editores, conscientes de su obligación, procurasen un mayor acercamiento del lector a este género literario.

El libro que ahora acaba de publicar Jesús Fernández Santos resulta prueba concluyente de nuestras anteriores afirmaciones. Se recogen en él catorce pequeñas historias cargadas de hondo dramatismo y sostenida tensión

poética. Algunas se sitúan durante la guerra civil española, y la mayoría de ellas son como recuerdo de suaves vivencias infantiles. Las tituladas "El sargento", "La vocación", y "El doble", por el contrario, tienen el amargo sabor del fracaso humano: vidas en derrumbe, narradas con objetividad y con delicada ternura.

Los diversos protagonistas de todos los cuentos reunidos en "Cabeza rapada" muestran una anímica característica. Son seres de carne y hueso con precisión vital determinada, arrancados a una realidad tangible. Acaso la nota más acusada; el acento más elevado de todo el libro, sea el poder de observación que descubrimos en el escritor, y la facultad de transformar esa observación en materia expresiva, de finos matices y sensitivas rememoraciones. El relato denominado "Mi primo Rafael", el más extenso y trabado del libro, puede ser muestra de ello. Por su tersura, por el ambiente de mágicos contornos en él evocado, y por la sencillez de construcción, constituye una pequeña obra maestra de la literatura española moderna.

El estilo de Jesús Fernández Santos, desnudo, directo, fluido y dinámico, replegado siempre en el medio tono, en el discreto

matiz colorístico, sin vanas retóricas ni morosidades anecdóticas de ninguna clase, adquiere en este libro su culminación. Algunos de los relatos aquí reunidos pasarán pronto a las antologías de la prosa moderna española. En ellos la belleza nunca resulta postiza. Se origina en la peripecia narrada, en la sentida evocación de los hechos cotidianos adheridos a esa peripecia, en el susurro de verdad que brota de cada uno de ellos, cualquiera que sea la dirección que tome, el propósito que lo anime, y en la perfumada ternura que aletea en todos sus episodios. Los cuentos agrupados en "Cabeza rapada" tienen, por lo menos, dos virtudes capitales: vida y humanidad.

A lo largo de esta nota hemos citado nominalmente algunos de esos cuentos. La brevedad del espacio nos obliga a prescindir del

análisis de todos ellos, e, incluso, a silenciar los méritos de que son portadores. Tampoco podemos señalar nuestra selección personal de preferencias, ya que todos se mantienen en un mismo y elevado nivel de bondad literaria, y todos aparecen, también, transidos por análogo temblor de emoción creacional. No obstante queremos indicar al posible lector —porque en ellos encontrará el paradigma de los restantes— tres de esos cuentos: el ya citado "Mi primo Rafael", el que encabeza el libro y le confiere título, y el denominado "Hombres". Tres destacados ejemplos del cuento moderno español.

Algunos de estos relatos los habíamos ya encontrado publicados en revistas. Reunidos ahora en volumen adquieren su pleno valor.

J. V. P.

FERNANDO BERMUDEZ DE CASTRO.—"PASOS SIN HUELLAS".—

Editorial Planeta. Barcelona, 1959.

"Pasos sin huella", de Fernando Bermúdez de Castro, es la novela ganadora del Premio Planeta correspondiente a 1958. Al concedérsele el galardón se promovió un fuerte escándalo entre

los miembros del Jurado, por considerar alguno de ellos que se cometía una manifiesta injusticia al eliminar, en una de las primeras votaciones, la novela de Torcuato Luca de Tena, titu-

lada "La edad prohibida", merecedora de obtener el premio.

La Editorial Planeta no ha sido, hasta ahora, muy afortunada con sus concursos literarios, y, desde luego, "Pasos sin huellas" no rompe esa racha de mala suerte. De ahí que sus premios, aun estando mejor remunerados, no despierten la expectación que año tras año despiertan los "Nadales". Y no es que éstos recaigan sobre buenas novelas. Por lo corriente, salvo dos o tres a lo sumo, las novelas que obtuvieron el Premio Nadal son tan malas, por lo menos, como las que obtuvieron el Premio Planeta, incluida entre ellas la que motiva estas líneas. Pero por lo general no son tan anodinas, o empleando otros adjetivos más exactos, tan estúpidas y tan vulgares.

Debemos de confesar, para poner las cosas en su punto desde un principio, que "Pasos sin huellas" la hemos podido terminar guiados, únicamente, por el propósito de informar a nuestros lectores de su valía. No resulta cosa fácil, ni mucho menos, echarse a la mollera el cúmulo de pedanterías e insustancialidades que contiene. Hace falta voluntad férrea, abundante provisión de hostezos, y cierta tendencia al masoquismo, para po-

der transitar mansamente por todas sus páginas. Si en esta nota se trasluce enfurruñamiento y acritud, rogamos al lector que no lo considere como exponente de nuestro carácter habitual. Por naturaleza nos inclinamos siempre hacia la justicia y hacia la comprensión ajena, es decir: hacia la benevolencia. Pero tenemos insobornable fe en las virtudes terapéuticas de la catarsis.

En "Pasos sin huellas" se nos cuentan las andanzas de un estudiante español en Londres, y su idilio con una jovencita francesa, también estudiante. En el relato se interfieren episodios tangenciales contruídos con gran acopio de naderías, apoyadas en personajes vacíos de todo contenido humano. Nombres nada más. Al final la francesita muere víctima de un accidente de circulación. Podría creerse que el novelista se propuso describirnos un ambiente determinado —el ambiente de los estudiantes españoles en Londres— y analizar, sobre él, las inquietudes y los afanes circunscritos a ese ambiente. Pero no. Nada de eso existe en la novela, ni siquiera como intención. En ella nos encontramos, lisa y llanamente, con una narración erótica, vulgar y cargante, sin dinamismo expositivo, y sin

tensión poética, cuyos protagonistas se mueven en todo momento como desteñidas marionetas. A lo largo de toda la novela no hemos encontrado un solo personaje de carne y hueso.

"Pasos sin huellas", considerada como novela, delata bastantes influencias ajenas. Sus diálogos exhiben una extraña mezcla de gamberrismo español de la peor especie —el petulante gamberrismo de los señoritos—, y de procacidad derivada de la actual novelística femenina francesa, —Francoise Sagan, Beatrice Beck—, sin gracia de ninguna clase, a pesar de la tozuda insistencia con que el autor busca el chiste y el retruécano. La segunda influencia patente en la novela, es, sin duda, la de Evelyn Waugh, sobre todo en lo que se refiere al deseo de mantener a lo largo de toda ella el tono sarcástico. Pero hay sarcasmos y sarcasmos, y el el Bermúdez de

Castro se queda en una pobrería de conceptos tan extremada, en una ramplonería tan deleznable, que no pasa en ningún momento de triste y desangelada bufonería. Otras influencias, aunque puezca extraño, podrían encontrarse en las novelas rosa al uso, preferentemente en lo que atañe a la carencia de ideas, a la técnica constructiva, y al estilo literario del relato.

Esto, brevemente expuesto, es cuanto encontramos en el último Premio Planeta. Como puede verse, una delicia de novela. Si de ella quisiéramos decir algo bueno, para que no se nos tache de intransigentes, y para que no todo sea negativo en nuestro juicio, sería lo siguiente: depurado su lenguaje, "Pasos sin huellas", con algunos ligeros retoques, podría fácilmente convertirse en un excelente borrador de serial radiofónico.

J. V. P.

TORCUATO LUCA DE TENA.—"LA EDAD PROHIBIDA".—Editorial Planeta. Barcelona, 1959.

En nuestra anterior reseña, dedicada al Premio Planeta de novelas, nos hemos referido incidentalmente al escándalo provo-

cado en el momento de su concesión.

Según nuestras noticias, cinco de los siete miembros del ju-

rado opinaban que el galardón debía recaer sobre "Edad Prohibida", de Torcuato Luca de Tena. Y, sin embargo, —azares de la votación no previstos por esos señores—, dicha novela apareció eliminada en una de las primeras rondas.

Después de leer "Pasos sin huellas", nuestra opinión se inclinaba decidida a comprender el disgusto de los mencionados componentes del jurado. Pasados algunos días de la concesión del premio, aún en pleno hervor polémico, una revista dada a curiosidades estadísticas demostró que una sola probabilidad entre 134 hizo posible la prematura eliminación de la novela del señor Luca de Tena.

Por todo ello, en nuestro mundo literario se halla planteada una singular competencia: ¿Cuál de esas dos novelas —"Pasos sin huellas" y "Edad prohibida"— es la mejor? Cierto que la pregunta sería mucho más congruente si en vez de inquirir por la mejor inquisiese por la menos mala. De todos modos, creemos que esta competencia se desvanecerá rápidamente, y pasados algunos meses, ambas novelas serán totalmente olvidadas, que es, en justicia, lo que las dos merecen.

Desde hace unos cuantos años se advierte un esperanzador resurgir de nuestra novela. Actualmente viven en España unos cuantos novelistas jóvenes que saben el camino que pisan, y que lo pisan, además, con decisión y con garbo. Nos referimos a Cela, a Delibes, a Aldecoa, a los hermanos Goytisolo, a Sánchez Ferlosio, a Manuel Arce, a Ana María Matute, a Fernández Santos, a Trulok y a algunos otros que sentimos no recordar ahora. Al lado de ellos pupulan unos cuantos escritores mediocres, de muy cuestionable interés, que forman algo así como el coro, que nos sirven para valorar, por contraste, el mérito de los antes citados. En este último grupo es, precisamente, donde colocamos —por "Edad prohibida", la única novela que de él conocemos— a Torcuato Luca de Tena.

La literatura de Torcuato Luca de Tena, lo confesamos sin reservas de ninguna clase, no había despertado hasta ahora nuestra curiosidad. Nuestro juicio es, por lo tanto, provisional, aunque es casi seguro que no trataremos de fundamentarlo de una manera más sólida. En un par de días hemos leído su última novela, aguijoneados por la discusión arriba mencionada, y la expe-

riencia no creemos que nos anime a seguir frecuentando su obra. "Edad prohibida" es una narración anodina, de manoseado asunto, escrita con cierta soltura literaria, en un castellano claro e impersonal. El problema que en ella se quiere resolver, al carecer de profundidad psíquica en su planteamiento aparece hábilmente escamoteado y peligrosamente inclinado hacia la ñoñez. Si del relato suprimimos unos cuantos "tacos", unas cuantas palabras "fuertes" cautamente dosificadas, y un par de escenas que quieren ser "crudas" y que únicamente son insulsas, nos quedamos con una narración de alarmantes tonos rosáceos, propia, por su "ejemplaridad", para ensañadoras mocitas quinceñas. A primera vista pudiera pensarse que Torcuato Luca de Tena quiso mostrarnos, montada sobre un argumento más o menos endeble, la crisis que señala el paso de la niñez a la pubertad. Pero ya desde las primeras páginas, a poco que calemos en ellas, nos damos cuenta que esa intención es puramente subsidiaria. El novelista nos enfrenta con un relato de niños buenos y niños malos, al final del cual la Providencia reparte sus dones entre los primeros y sus penas entre los segun-

dos. Algo muy original, como puede verse.

El primer capítulo, al presentarnos a Antonio— el niño malo— cumpliendo condena en un Penal, y a Anastasio —el niño bueno— como director de ese Penal, en vez de acuciar el interés del lector, le advierte, al adentrarse éste por la fronda de la narración, del objetivo que guía los propósitos del novelista. No obstante, este capítulo, considerado independientemente, es, con mucho, el mejor de la novela. Se frustra en él una excelente peripecia cargada de tensión dramática.

La narración, ya lo hemos advertido, está llevada, salvo algunas reiteraciones innecesarias, con habilidad, y escrita en un castellano claro y pulcro, de tendencia más periodística que literaria.

Cuando el escritor trata de ser agudo cae, irremediablemente, en la frustería y en la trivialidad. Sus personajes carecen en todo momento de singularidad humana. Son como peleles rellenos de voces ajenas, de extraños ecos, donde resuena un extenso repertorio de lugares comunes. "Edad prohibida" es, en resumen, una de esas novelas que se leen con cierta resignación, y que a los tres o cuatro días se

borran totalmente de nuestro recuerdo.

Y ahora, para volver al principio de esta crónica, respondiendo a la pregunta allí planteada, podemos afirmar que entre "Pasos sin huellas", de Bermúdez de Castro, y "Edad prohibida", de Luca de Tena", es, desde luego, esta última la menos mala de las dos. Pero, para poner las cosas en su sitio, podemos afirmar que

entre "Edad prohibida" y "Agostino", de Moravia —citada sólo por la coincidencia de tema—, o los libros de asuntos infantiles de Goytisolo y de Ana María Matute, existe la enorme distancia que separa una novela buena de una novela mala. Y entre las malas, naturalmente, está la de Luca de Tena.

J. V. P.

AUTORES RESEÑADOS:

Juan Ramón Jiménez.
José Agustín Goytisolo.
José Luis Martín Descalzo.
Manuel Arce.
Juan Goytisolo.
Luis Goytisolo Gay.
Ramón Eugenio de Goicoechea.
Jasús Fernández Santos.
Fernando Bermúdez de Castro.
Torcuato Luca de Tena.